

La Serpiente con Cuernos de El Tepozán y los cultos agrícolas en el arte rupestre de Aguascalientes



Felipe de Jesús Sarabia Salmerón
elotrosarabia@gmail.com

Universidad Autónoma de Zacatecas

ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-3179-5421>

ARTÍCULO

Resumen

El Tepozán se localiza en el municipio de Calvillo, se trata de un abrigo rocoso cercano a un arroyo que, en épocas prehispánicas fue un santuario de la fertilidad donde se plasmó un amplio número de pinturas rupestres: en total 129 motivos hasta ahora registrados (González, 2010). Entre todos los elementos iconográficos presentes destaca la serpiente con cuernos, una de las imágenes más importantes que aparece en la tradición de arte rupestre extendida sobre la ruta agrícola de la Sierra Madre Occidental (Hers y Carot, 2011), abierta ya por pueblos mesoamericanos que venían del Occidente de México y que se llegaron a instalar en la región de Aguascalientes durante el periodo Epiclásico, entre el 500 y 900 d.C.

La presente propuesta pretende contribuir a la comprensión del arte rupestre de Aguascalientes a partir de un análisis regional iconográfico, pero tomando a su vez en cuenta los estudios comparativos, con la intención de explicar cómo los temas ceremoniales y agrícolas ligados al culto de la serpiente de lluvia, mejor conocida como Quetzalcóatl, se desarrollaron sobre los antiguos caminos de Tierra Adentro.

Palabras clave: Arte rupestre, septentrión Mesoamericano, Aguascalientes, iconografía, serpiente cornuda

Abstract

The Tepozan is located in the municipality of Calvillo, it is a rocky shelter near a stream that, in pre-Hispanic times, was a fertility sanctuary where a large number of cave paintings were captured: a total of 129 motifs registered so far (Gonzalez, 2010). Among all the iconographic elements present, the horned serpent stands out, one of the most important images that appears in the tradition of rock art widespread on the agricultural route of the Sierra Madre Occidental (Hers and Carot, 2011), already opened by Mesoamerican peoples who They came from Western Mexico and settled in the Aguascalientes region during the Epiclassic period, between 500 and 900 AD.

This proposal aims to contribute to the understanding of the rock art of Aguascalientes from a regional iconographic analysis but taking into account comparative studies, with the intention of explaining how the ceremonial and agricultural themes linked to the cult of the rain serpent, better known as Quetzalcóatl, developed on the ancient roads of Tierra Adentro.

Keywords: Rock art, northern Mesoamerican, Aguascalientes, iconography, horned serpent



Figura 1. Pinturas rupestres del Tepozán. Fotografía, Felipe Sarabia

El paisaje mesoamericano en El Tepozán

Entre el 500 y 900 d.C., el sitio rupestre de El Tepozán fue parte de una comarca mesoamericana que se estableció sobre los cerros y colinas del Valle de Huejúcar (INAH, 2014), hoy el municipio de Calvillo, abriéndose camino entre los sitios prehispánicos de Aguascalientes y los del norte de Zacatecas, incluso teniendo una relativa cercanía con el imponente sitio de La Quemada. Propiamente, el valle de Huejúcar es un estrecho serrano que en temporada de lluvias tiende a inundarse con mucha facilidad, y que geográficamente pertenece a la zona de los cañones y a los Altos de Jalisco, es decir, a la provincia regional de la Gran Caxcana; por lo tanto, en su momento llegó a vincularse de igual modo con grandes poblados mesoamericanos que se remontaban hacia el sur sobre los mismos afluentes del sistema hidrológico Lerma-Santiago, como los sitios de El Teúl, Momax y Las Ventanas.



Figura 2. Arroyo al pie del Tepozán. Fotografía, Felipe Sarabia.

Particularmente, El Tepozán se esconde justo al borde de la Sierra Fría, bajo la cubierta de un gran bosque de amate y ceibas, y a las orillas de un prodigioso arroyo actualmente utilizado para la siembra de guayaba y ganadería mayor.

En este sentido, consideramos arqueológicamente que una de las características fundamentales del arte rupestre de Aguascalientes es que no sólo llega a organizarse en una estrecha relación de proximidad con los elementos arquitectónicos mesoamericanos –como terrazas, alineamientos habitacionales o patios hundidos– sino, a su vez, con los manantiales de agua y las tierras con alto potencial agrícola (González, 2010). Este esquema de ocupación mesoamericana había derivado en un característico uso del suelo por el cual las comunidades antiguas, mediante la implementación de la arquitectura monumental y la disposición que le otorgaron al arte rupestre sobre el espacio agrario, marcaron las tierras más productivas y, consecutivamente, arroyos, ríos y manantiales, pues dichos lugares fungieron como verdaderos santuarios de la fertilidad.

Recordemos que la mayoría de los sitios mesoamericanos de Aguascalientes, además de ubicarse sobre las laderas de la serranía, en mesetas o en cimas aisladas, a su vez se establecieron sobre uno o más arroyos (Macías, 2009). Eran sitios que si bien en épocas de secas adquirirían una apariencia agreste, en temporada de lluvias reverdecían mágicamente cual si fueran islas flotantes, en *altépetl*, es decir, en cerros-agua. Las obras arquitectónicas frecuentemente modestas, sobre todo hechas de bajareque y adobe, tenían la función primordial de acentuar la monumentalidad de los cerros que dominaban el paisaje, elaboradas a base de terrazas constructivas que sostenían zonas habitacionales, plazas y adoratorios; no sólo porque fungieron como la casa de los linajes y señoríos, sino porque dichos cerros sirvieron de referencia paisajística, ya que llegaron a ser considerados por la colectividad como fuentes de agua y sustento, connotando el mismo sentido sagrado del vocablo *altépetl*.

Tenemos como ejemplo el sitio del Ocote, al sur del municipio de Aguascalientes, que se encuentra en la cima del cerro de los Tecuanes y se establece sobre un manantial de agua. Se calcula que su extensión es de 25 hectáreas y está conformado por algunas escalinatas, plataformas y terrazas habitacionales (Pelz, 2007). En el interior de su espacio arquitectónico destaca un panel con pinturas rupestres en colores rojo y negro, y sobre sus planicies aledañas se dispersan una serie de petrograbados. Asimismo, el sitio de la “Mesa de los Montoya”, que también se circunscribe a un arroyo, consiste en dos montículos postrados sobre una amplia plataforma en la cima de un cerro, encontrándose allí un abrigo rocoso con pinturas rupestres y en los alrededores un número considerable de petrograbados que fueron realizados en los afloramientos que se encuentran sobre las laderas (Macías y Villagrana, 2015).

Ya para el Epiclásico, la región de Aguascalientes logró participar en una estrecha unidad cultural que abarcó desde Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, hasta llegar a la frontera entre Durango y Chihuahua; eran comarcas mesoamericanas que entre el 500-900 d.C. habían dado una expansión definitiva a Tierra Adentro, expansión civilizatoria tan dilatada que alcanzó a establecer fructíferos contactos con las sociedades del Suroeste de los EUA (Hers y Carot, 2011), en un primer momento con la cultura Hohokam, ocasionando que muchas de las comunidades locales se fueran agrupando en centros cada vez mayores, y que los espacios cívicos y religiosos como patios hundidos, explanadas y juegos de pelota, se construyeran sobre las cúspides y estribaciones de las serranías.

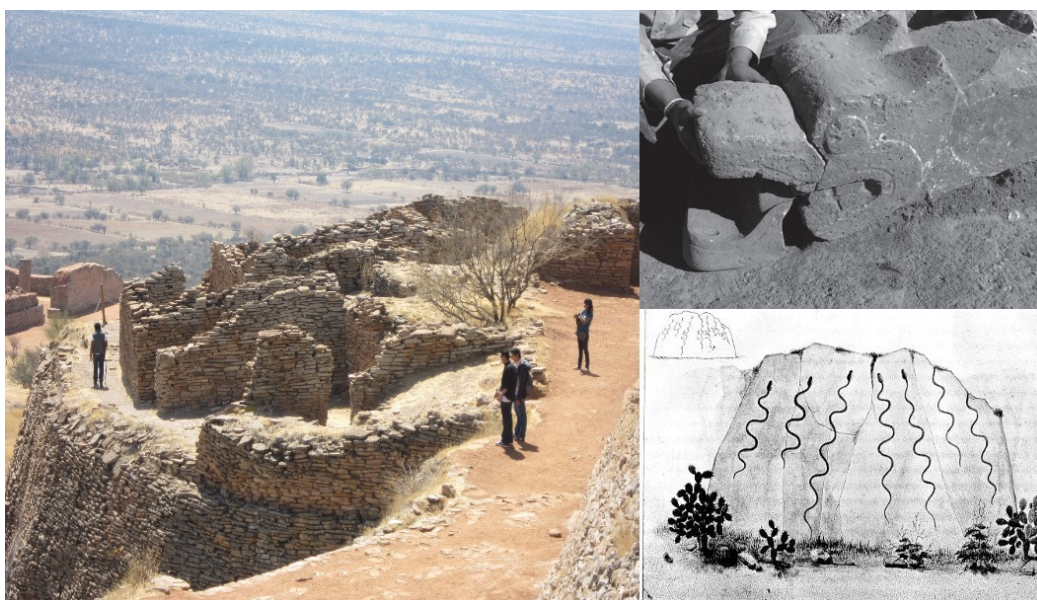


Figura 3. Sitio de La Quemada. Fotografía, Felipe Sarabia (izq.). Quetzalcoatl, sitio del Teúl. Fotografía, INAH ZACATECAS (arriba, dcha). Petrograbado de las “Serpientes” según Lepoldo Batres. Sitio de La Quemada, 1903 (abajo, dcha.).

La franja geológica de la gran sierra Madre Occidental, a la cual pertenece la Sierra Fría, permitió que las poblaciones antiguas desarrollaran la agricultura intensiva hacia este territorio agreste y desértico. La aparición de los centros norteños consteló de ciudades, pueblos y aldeas sus amplias estribaciones acuáticas y cristalinas, ya que se trataba de culturas ribereñas que ejercieron un total predominio sobre los recursos que brindaron prodigiosamente los mananciales. Especialmente en las inmediaciones de El Tepozán habitaron quienes habían optado por tener un total e íntimo vínculo con el agua, por lo que se puede señalar la clara alusión que tuvo este sitio rupestre como lugar propiciatorio, cobrando especial sentido porque antiguamente se consideraba que los mismos arroyos y mananciales eran custodiados por serpientes mitológicas y emplumadas a las cuales se les rendía culto como deidades de la fertilidad.



Figura 4. La serpiente del Tepozán entronizada sobre un Icpalli. Fotografía, Felipe Sarabia.

Tradición iconográfica de la Serpiente con Cuernos

En el sitio rupestre del Tepozán podemos identificar claramente el emblema de una serpiente cornuda representada sobre un icpalli y pintada en tinta plana y en color blanco junto a varias escenas procesionales. Cabe destacar que las imágenes de serpientes en el arte rupestre de la Sierra Fría se establecen dentro de una prolongada tradición iconográfica del Noroeste Mesoamericano, como lo registran, por ejemplo, el arqueólogo Carlos Torreblanca para el valle de Malpaso (Torreblanca et.al., 2012), con los petrograbados del Saucito y el Vergel, y con el famoso petrograbado de las Siete Serpientes del gran sitio de La Quemada. En este sentido, la imagen de la serpiente con cuernos, particularmente no sólo se hace notable en la expresión rupestre, sino que su convencionalismo y grado de similitud se extiende a la cerámica, alcanzando una extraordinaria recreación artística tanto en el Valle de Malpaso como en los tipos chalchihuiteños Mercado, Amaro y Suchil (Hers y Carot, 2011).



Figura 5. La serpiente con cuernos en la cerámica chalchihuiteña. Fotografía, Felipe Sarabia (izq.). Dibujo de Charles Kelly (dcha).

Hay que entender que los pueblos mesoamericanos cuando llegaron al Noroeste de México ya traían consigo un orden cívico y ceremonial en el que la serpiente cornuda era de las imágenes más importantes para representar ideas fundamentales de la fertilidad, pues se creía en la existencia de un ofidio gigante que contenía las aguas estacionales y que, con su increíble cornamenta, abría las barrancas reverdeciendo en su trayecto los amplios campos de cultivo. Este antiguo ser, mejor conocido como la serpiente emplumada, vivía en las barrancas y era el dueño verdadero de los manantiales. Esta imagen se volvió la deidad principal de las comunidades mesoamericanas, y fue explicada y difundida por las instituciones políticas y religiosas que se preocuparon primordialmente por garantizar la reproducción de la vida campesina y el sustento agrario.

Efectivamente, en el arte rupestre de Aguascalientes, su presencia es patente en los lugares más próximos a los manantiales. En las laderas del sitio “Cerro de los Montoya”, por ejemplo, se registra el petrograbado de un ofidio heteromorfo con canaletas que bajan de su cuerpo emulando corrientes de agua. Dichas acanaladuras tienen un sentido religioso que consagra a este ser como deidad reproductora de la vida agrícola, pues al conjugarse la roca con el agua, la serpiente cobraba vida y efectuaba la renovación de las plantas. De igual modo, en Calvillo, pero en la Sierra del Laurel, se registra otra de sus imágenes tallada en un gran monolito natural sobre el cauce de un arroyo.



Figura 6. Serpiente heteromorfa tallada como petrograbado. Sierra del Laurel, Aguascalientes.
Fotografía, Felipe Sarabia.

Hay que destacar que el contenido simbólico de la tradición iconográfica del Noroeste Mesoamericano forma un corpus de imágenes que se asocia con relativa frecuencia a escenas procesionales. En el caso de El Tepozán, los personajes que acompañan a la Serpiente con Cuernos emergen hacia ella portando bastones, palos sembradores, bolsas de copal y mecapales a sus espaldas; se trata de escenas con un profundo sentido simbólico en las cuales se aprecian otros personajes yuxtapuestos entre sí, claramente ataviados como guerreros, con orejeras rectangulares, faldellines, yelmos de grandes plumas y lanzadardos. Paralelamente, en el sitio norteño mesoamericano de Las Adjuntas, Jalisco, en Huejuquilla El Alto, también encontramos una serpiente con cuernos acompañada por personajes que portan mecapales y tocados de grandes plumas (2011), con faldellines que sobresalen entre sus piernas y con pantorrillas remarcadas probablemente representando tobilleras o cascabeles.

Podemos entender que dichas escenas se encuentran estrechamente ligadas a una compleja red de linajes y de sociedades guerreras y religiosas, quienes se expresaron a sí mismas como los hacedores de lluvia, “los regadores”, un modo de representación y culto mesoamericano que fue compartido entre regiones vecinas y que llegó hasta Durango con los sitios chalchihuiteños de la rama Guadiana.

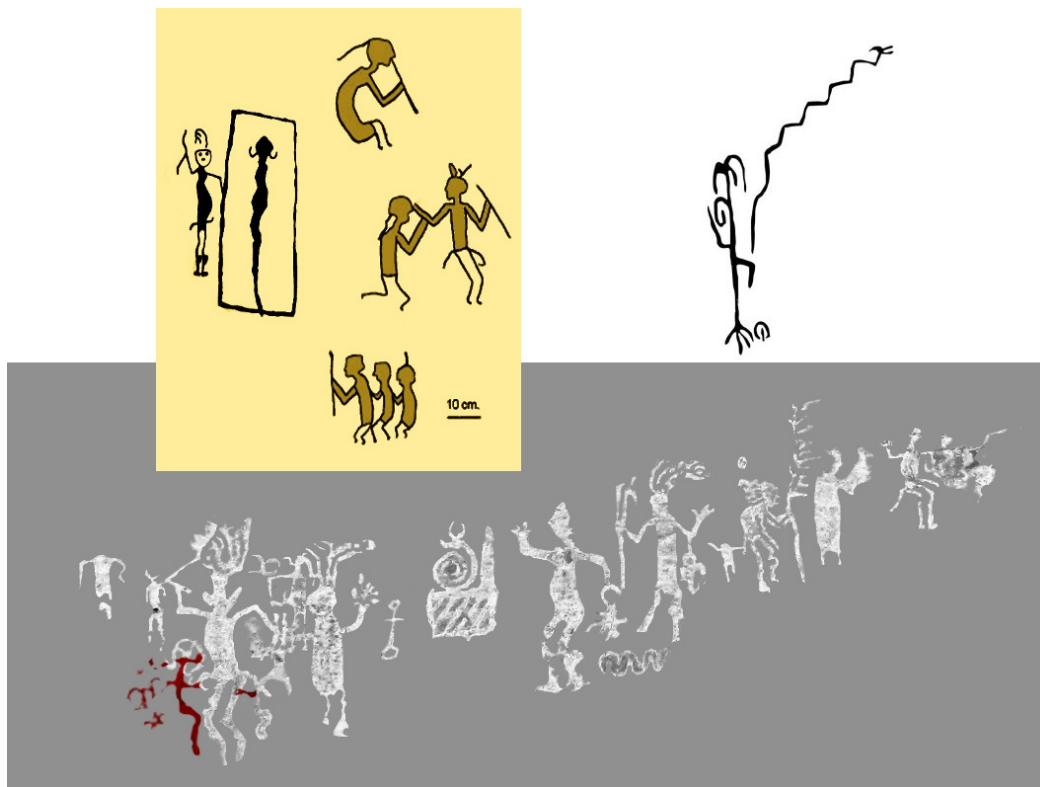


Figura 7. Escenas procesionales en el arte rupestre de las Adjuntas, Jalisco (arriba, izq.) y en el sitio de Coscomate, Durango (arriba, dch.). Dibujos de Marie-Areti Hers. Dibujo digital del Tepozán, Felipe Sarabia (abajo).

Ya para el año 1000 d.C., cuando el foco de Mesoamérica se desplazó todavía más hacia al norte, la Serpiente con Cuernos aparecerá en la ciudad de Paquimé, Chihuahua, logrando una representación sumamente estilizada en la cerámica Ramos Polícromo y en el arte rupestre de la cultura Casas Grandes. La seguiremos encontrando en los petrograbados de las ruinas de Tsirege, en Utah, y hasta en el panel de *la Transformación* y en las rocas basálticas negras, en Colorado. Básicamente, los primeros estudios en el arte rupestre de la serpiente con cuernos iniciados por la arqueóloga Polly Schaafsma se enmarcan bajo los modelos teóricos que reconstruyen la prehistoria del Gran Suroeste en la que los pueblos mesoamericanos se mudaron a la frontera con los Estados Unidos (Schaafsma, 2010). El avance de tales estudios en la actualidad ha hecho cada vez más evidente la existencia de una religión panmesoamericana, que se extendió por todo el Noroeste de México y que giró en torno a la serpiente de lluvia, es decir, una versión nortea de la gran Quetzalcóatl.



Figura 8. Serpiente con cuernos en la Cultura Casas Grandes y en el Suroeste de los EUA.
Wikipedia.

Estudio comparativo

La lingüista Jane Hill ha propuesto que dicha ruta mesoamericana que se extendió desde el Noroeste de México hasta el Southwest estuvo vinculada no sólo con la difusión del cultivo del maíz, sino también con la expansión acelerada del idioma proto-yutonahua (Neurath, 2002), fenómeno que terminó por dar origen a las familias lingüísticas que hablan hoy en día tanto huicholes, yaquis, tepehuanes y rarámuris, así como hopis y tewa. Dichas culturas, por muy alejadas que estén y por muy diferentes que sean ahora, compartieron un pasado en común durante el periodo Epiclásico y conformaron un área cultural enmarcada geográficamente por la Sierra Madre Occidental. Aún con todas sus especificidades, las fuentes orales pueden ofrecer sólidas bases comparativas que nos ayuden a explicar cómo los temas mitológicos y ceremoniales se llegaron a enraizar en los caminos de este amplio territorio y proliferar históricamente. Desde 1905 con Konrand Preuss, hasta investigadores más recientes como Polly Schaafsma, Johannes Neurath y Marie-Areti Hers, se han establecido una serie de correspondencias culturales muy estrechas, principalmente entre los indios hopi del Suroeste de EUA y los huicholes de la Sierra del Gran Nayar. De tal modo, todos los análisis apuntan a que este ser mitológico, poseedor de las características de la serpiente emplumada, fue siempre una de las deidades principales alrededor de las ceremonias agrícolas (2002).

En efecto, la serpiente emplumada aparece en la tradición huichola como la serpiente de lluvia, *Nia'ariwamete*, diosa que corresponde a los rumbos del cosmos y a las aguas primordiales (Jauregui, 2002). Los peregrinos que van a consumir peyote al Cerro del Quemado sueñan con ella y la traen consigo en su viaje de regreso al centro sagrado tukipa para propiciar las lluvias. Es así como durante la ceremonia agrícola del *Hikuli Neixa* (la fiesta del peyote), los peregrinos la llegan a recrear mediante una danza comunitaria que simula el movimiento ondulante de una serpiente en posición de ataque, a través de la cual los huicholes se identifican con la deidad y literalmente se convierten en ella (2002).

En efecto, la serpiente emplumada aparece en la tradición huichola como la serpiente de lluvia, *Nia'ariwamete*, diosa que corresponde a los rumbos del cosmos y a las aguas primordiales (Jauregui, 2002). Los peregrinos que van a consumir peyote al Cerro del Quemado sueñan con ella y la traen consigo en su viaje de regreso al centro sagrado tukipa para propiciar las lluvias. Es así como durante la ceremonia agrícola del *Hikuli Neixa* (la fiesta del peyote), los peregrinos la llegan a recrear mediante una danza comunitaria que simula el movimiento ondulante de una serpiente en posición de ataque, a través de la cual los huicholes se identifican con la deidad y literalmente se convierten en ella (2002). Igual que la cultura huichola, en la actual tradición hopi las ceremonias procesionales constituyen la base religiosa del culto agrícola a la serpiente. Según esta concepción, los antepasados, los pueblos ancestrales, realizaron una peregrinación mítica antes de encontrar lo que es hoy su residencia actual, *Oraibi*. Se hacen latentes entre rocas y acantilados las imágenes rupestres que pintaron dichos antepasados, referidos en la arqueología como las culturas Mogollón, Hohokam, Sinagua, Fremont y Anasazi. De tal manera, encontramos la reminiscencia de la serpiente mítica como epónimo de un clan legendario y como deidad de la fertilidad llamada Palölökong, *serpiente celestial desatadora de tormentas*.

Al respecto, me gustaría remitirme al artículo “A Suggestion as to the Meaning of the Moki Snake Dance”, escrito en 1891 por William Fewkes, como una de las primeras fuentes documentales donde no sólo se menciona la aparición de una serpiente con cuernos en el arte rupestre, sino que además se describe cómo dicha pictografía se vincula a un contexto ceremonial vivo, en este caso a la Danza de la Serpiente del pueblo hopi. Esta pictografía se encuentra a pocos metros del santuario “donde los sacerdotes serpiente depositan un penacho de oración el día de la segunda caza, se encuentra dibujada sobre una capa de roca de superficie negra y casi al alcance de uno que desciende por el sendero” (Fewkes, 1891). La siguiente descripción bien puede funcionar como una perfecta analogía para entender el sentido simbólico que subyace propiamente a las imágenes procesionales de El Tepozán:

La procesión fue dirigida por un sacerdote, un anciano descalzo, que sostenía en una mano una canasta de comida sagrada. Sobre su cabeza proyectaba un par de apéndices en forma de cuerno... Detrás de él marchaba un niño con una pequeña vasija de barro, en la que se decía que el agua había sido sacada del pozo sagrado donde se habían realizado las ceremonias preliminares. Le siguieron dos mujeres. El niño llevaba una varita hecha de plumas. Estaba casi desnudo, pero estaba cubierto de pintura o rayas blancas sobre el cuerpo y las piernas. Grandes cadenas de cuentas de concha colgaban de su cuello [...] Cada uno de los veinte hombres que le seguían tenían dos girasoles en el pelo, y cada uno llevaba en la mano un tallo con hojas y maíz verde. (1891, traducción mía)



Figura 9. Danza de la serpiente hopi. Arizona, 1898. CHS.

Ya para finalizar, no quisiera dejar de mencionar los estudios realizados por la antropóloga Fabia Zuleta, gracias a los cuales se confirma que el arte rupestre continúa funcionando en la vida ceremonial y religiosa del pueblo huichol. No hace mucho tiempo, los pobladores de Kwaxumayeme seguían depositando ofrendas a una piedra que posee espirales grabadas y pocitos de agua, localizada en la presa de Aguamilpa, Nayarit. Dicha piedra se ubica precisamente donde se forman los remolinos provocados por una gran serpiente nombrada *Ichiparika* y que exige cada cierto tiempo ofrendas y sacrificios de animales (Fabia, 2004).

Hasta el día de hoy, el pueblo huichol sigue elaborando piedras talladas cual si fueran petrograbados: los Teparite, que en español significa ‘tapaderas de la tierra’, “matriz del mundo” y ‘lugar de la salida de los antepasados’ (2004). Los Teparite se ubican tanto en la milpa “para que salga bien el maíz”, como en los templos ceremoniales tukipa y en edificios institucionales tales como ranchos y escuelas. Sus diseños iconográficos tienen la intención de activar los espacios comunitarios para que los dioses puedan hacerse presentes en el lugar (2004). Una de las imágenes más importantes es la figura de la espiral que suele encarnar, efectivamente, a la mítica serpiente de lluvia, que -como ya hemos ido explicando a lo largo de este artículo- es la deidad por excelencia de los pueblos agricultores de la Sierra Madre Occidental desde tiempos inmemoriales.

Conclusión

Queda mucho por explicar respecto a los orígenes de la serpiente de El Tepozán, ya sea desde su tradición cerámica y rupestre, o bien desde su constitución como elemento escritural y toponímico. Por lo pronto, mi propuesta es que sus formas simbólicas hacen referencia directa a estos seres de la naturaleza que fueron representados tanto en la pintura rupestre del Noroeste Mesoamericano como, posteriormente, en los cultos indígenas de la Sierra Madre Occidental y del Suroeste de Estados Unidos. Su imagen es idéntica y se encuentran latentes en su sentido y significado todos los atributos de Quetzalcóatl, la serpiente de lluvia, principalmente en su carácter de ofidio heteromorfo. Bajo esta visión, fuesen cuales fuesen los significados que se nos llegan a escapar, es imposible no darse cuenta que durante el periodo Epiclásico, la serpiente con cuernos se consolidó como una de las imágenes más importantes en la región de la Sierra Fría y que –gracias a la analogía etnográfica– sabemos con total seguridad que se organizó en torno a las fiestas colectivas de la fertilidad. Particularmente, dicha serpiente del Valle de Huejúcar cobró especial sentido en un paisaje mesoamericano que afirmó su más alto epítome de sacralidad en la cima de los adoratorios y en los santuarios agrícolas. Imaginemos a las comunidades desperdigadas sobre los cerros y las colinas, distanciadas aunque visibles entre sí, caminando en procesión a depositar sus sueños y las peticiones de lluvia en aquel lugar donde el único sonido constante fue y siguió siendo el correr del agua.



Figura 10. Pinturas rupestres del Tepozán. Fotografía, Felipe Sarabia.

Bibliografía y otras fuentes de consulta

- Faba Zuleta, P. A. (2004) *Patrimonio, Analogía etnográfica y polisemia. El caso de la gráfica rupestre del Occidente de México*. Universidad de Chile, Facultad Ciencias Sociales.
- Fewkes J. W. (1891) *A Suggestion as to the Meaning of the Moki Snake Dance. The Journal of American Folklore*. Abril-Mayo. Núm. 13, Vol. IV, 129-138.
- Gozález, L. B. E. (2010) *Petrograbados y gráfica rupestre de Aguascalientes. La gráfica rupestre y su relación con el paisaje*. Tesis para optar por el grado de Maestría de Arqueología 2010. Michoacán: Colegio de Michoacán.
- Hers, M.A., Carot, P. (2011) “Imágenes de la serpiente a lo largo del antiguo camino de Tierra Adentro”, en: *Las Vías del Noroeste III*, UNAM: IIE, UNAM: IIA, México, pp. 139-179.
- INAH (2014) *PERIODICO OFICIAL DEL ESTADO DE AGUASCALIENTES. TOMO LXXVII. Programa de Desarrollo Urbano del Municipio de Calvillo, Aguascalientes 2012-2030*. Núm. 14.
- Jauregui, J. (2002) *La serpiente emplumada entre los coras y huicholes. Arqueología Mexicana*. Enero-febrero. Núm. 53, 64-69.
- Macías Quintero, J. I. (2009) *Fortificaciones prehispánicas en la cuenca norte del río Verde-San Pedro. Una evaluación desde la Arqueología del Paisaje*. Michoacán: El Colegio de Michoacán A. C.
- Macías Q. J. I., Villagrana P. C. S. (2015) *Santuarios prehispánicos identificados sobre cimas de cerros en Aguascalientes*. Trace, CEMCA. Diciembre, Núm. 68, 35-58.
- Neurath, J. (2002). *Mitos cosmogónicos, grupos rituales e iniciación. Hacia una etnología comparada del Gran Nayar y del Suroeste de Estados Unidos*. Antropología. Octubre.diciembre. No.68, 96-117.
- Pelz Marín, A. M. (2007) *Arqueología en Aguascalientes. El Ocote*. En V. M. González Esparza, *La reinención de la memoria. Ensayo para una nueva historia de Aguascalientes*. Tomo I (págs. 83-107). Aguascalientes: Instituto de Cultura de Aguascalientes.
- Schaafsma, P. (2010) *Visión del mundo e identidad: el arte rupestre en el Suroeste de los Estados Unidos (950-1450 d.C.)*. Anales de Antropología, Núm. 44, 159-194.
- Torreblanca C. A., Ramírez B. A. y Llamas S. A. (2012) *Manifestaciones rupestres en el Valle de Malpaso, Villanueva, Zacatecas*. Anales de Antropología, Núm. 46, 115-133.